

“Hoy en día, si un joven no lo tiene todo, es porque no quiere.”

ANUNCIO DE AUTOMÓVILES

En antropología social se habla de “culturas de cargamento” para referirse a sociedades que esperan revitalizarse gracias a la “vuelta inminente de los antepasados en barcos, aviones y trenes que traen tesoros de bienes fabricados en Europa” (Marvin Harris). La secuencia de hechos sería la siguiente: una cultura vive en un acertado equilibrio entre su capacidad de subsistencia, su esfuerzo para ello, su estructura social y sus ritos. La aparición de occidentales con sus objetos y bienes (entregados como regalos de una manera avasalladora) provoca una ruptura de la secuencia antes descrita: el esfuerzo de subsistencia, su jerarquía de valores se desmorona ante la irrupción, no sólo de los elementos materiales, sino de la actitud prepotente de los occidentales. Esa cultura pasa a ser una cultura dependiente, mendigante, de ese encuentro. Y lo que es peor, se rompe todo el esquema de valores y sus estructuras de liderazgo, con lo que se deja a ese grupo en un estado absolutamente deprimido en cuanto a destino social de sí mismo. De ahí que las “culturas de cargamento” no sólo no acaban siendo revitalizadoras, sino que suelen visualizarse como aquellos aborígenes sentados al borde del río a la espera de un barco que les traiga los bienes y la comida, incapaces ya de subsistir por su propio esfuerzo y abocados a la mendicidad.

En los mitos literarios (nacidos a partir de la agricultura y de su notable carga de trabajo), la cornucopia de oro, el “maná” de los hebreos, ha constituido una escapatoria ilusionada de cómo, sin esfuerzo, se puede conseguir un bienestar que nos aleje de las penurias diarias, si bien otros cuentos han instado a entender el esfuerzo como base del premio final.

Nuestra sociedad, en la etapa del capitalismo de producción, nació insistiendo en el trabajo personal como única fuente de riqueza y de prestigio social más allá de las antiguas prebendas de la nobleza y la herencia. En la actualidad –en el capitalismo de ficción, según preconiza Vicente Verdú–, el uso y disfrute de los bienes es el objetivo final de nuestras vidas. Y en muchos casos son bienes que están ya muy alejados de la necesidad: pertenecen al ámbito de la pulsión, del reflejo consumista que busca la felicidad en esa cadena de deseo-satisfacción, usar-tirar.

Zygmunt Bauman reflexiona sobre nuestra sociedad (la denomina “sociedad líquida”), donde la concepción del tiempo ha dejado de ser cíclica (sociedades agrícolas) o lineal (sociedades modernas) para pasar a ser “puntillista”: el tiempo es una sucesión de “puntos” desconexos con el futuro y el pasado, una simple yuxtaposición de desear y tener.

Curiosamente es en nuestros niños y jóvenes donde más se nota este efecto “puntillista”: su incapacidad para instalarse en proyectos a largo plazo, su desprecio por la relación causa-efecto y su demanda/exigencia constante de *aquí y ahora* los convierten en “culturas de cargamento” (toda generalización tiene algo de excesivo).

“En el capitalismo de ficción, el uso y disfrute de los bienes es el objetivo final de nuestras vidas”

Algunas asociaciones de empresarios empiezan a alertar de que el primer factor de pérdida de competitividad son los jóvenes trabajadores, poco dispuestos a una cultura del esfuerzo, poco dados a un compromiso social con el trabajo y tremendamente convencidos del binomio deseo/satisfacción como único objetivo vital.

Y puede que una de las razones de este síndrome, entre otras, haya sido la educación familiar dada. Hemos interrumpido en sus tiernas vidas con un avasallador cargamento constante de bienes y servicios, totalmente alejados del esfuerzo para conseguirlos, con una irresponsable voluntad de colonizar (entendida como compra de sus voluntades), que no de educar.

Sentados a la orilla de la sociedad de consumo esperan, mendicantes y sin esfuerzo, a que todo les sea dado, víctimas convencidas de su ausencia de responsabilidad, de su inocencia.

Es necesario replantear la educación, pero sobre todo los valores sociales, superar la “sociedad líquida” y construir la visión de un mundo feliz gracias al esfuerzo cooperativo de todos. ■